PREFACIO-ANECDOTA

LA LIMOSNA DEL SAGRADO CORAZON

> ..Se levantará sobre la ciudad culpable y castigada como un escarmiento en el sitio de su crímen.. Apartará los peligros del presente y servirá de lección para el porvenir. Monumento de fé, enseñará á nuestros nietos nuestras desdichas, nuestro arrepentimiento y si Diós quiere, nuestra redención.

I

JUAN estaba de pié en el alto del acirate. Hubiérasele podido tomar por estatua de la flacura, si no fuera porque movía los brazos accionando. También accionaba en aquel mismo sitio, en época anterior, el telégrafo antiguo de Montmartre. Después habían hecho allí una torre de yeso, que se llamaba Malakoff ó Solferino, ó no sé qué otra cosa así, pues el tiempo de que voy á hablar no era el mejor seguramente para retener nombres victoriosos.

A la sazón no había ya nada en aquella cima de París, sino los vestigios de unos terraplenes levantados á toda prisa tres años antes de poner en batería los cañones de la *Commune.* Estábamos á último de Julio de 1873.

A lo primero creí que Juan hablaba solo, cosa que le acontecía algunas veces cuando no tenía nadie con quien

hablar; pero conforme iba subiendo por la ladera, me fuí convenciendo de que tenía por lo menos un interlocutor, pues oía una voz que respondía á la suya. Una voz alegre y simpática, aunque revelaba cierto cansancio y acaso cierto sufrimiento. En el punto en que comencé á percibir distintamente las palabras, decía:

—Mucha gente viene ya á ver desde que se ha presentado la ley á las Cortes. Parece que la iglesia estará aquí mismo donde estamos nosotros. ¿Ve usted la linterna del Panteón, allá por encima de las torres de Nuestra Señora?

—Sí, contestó Juan; es decir... no nos alabemos: yo no veo más que la niebla; pero sé que deben estar allá las torres y la linterna.

—Pues bien, continuó la otra voz; aquí, detrás de Vd., á la derecha de esas irrisorias fortificaciones que enviaron á M. Thiers y á sus valerosos ministros hasta Versalles, se colocará el altar mayor, cuya primera grada estará precisamente á la altura de la cruz de Santa Genoveva. Y cuando el sacerdote oficiante se vuelva á decir á los fieles: "El Señor sea con vosotros," el aliento de su salutación reanimará á todo París, que es, según dicen, el corazón enfermo de Francia.

Juan alargó la mano, sin duda para estrechar otra mano, y noté la emoción de su acento cuando preguntó:

—¿Ha predicado Vd. la palabra de Diós hermano mio?

—No, nunca, le contestaron. Antes de ser, como soy ahora, una boca inútil en nuestra Orden, enseñaba á leer á losniños de los que fusilaron á los dos generales, aquí cerca, en el corral del académico.

En este momento llegué yo al alto y ví á la persona que daba conversación á Juan. Era un hermano de la Doctrina Cristiana, cuyas facciones regulares y dulces, pero enfermizas, denunciaban una prolongada lucha con el dolor. Estaba sentado, por lo cual no había podido yo verle antes: su asiento era el reverso de la comodidad; no tenía respaldo, apenas se levantaba del suelo y hacía el efecto de un exiguo banco de césped, en donde el polvo hubiera destruido la hierba. A su lado yacían un mal cayado y un devocionario forrado de franela raida.

En la manga derecha de su vestido no había brazo. Parecía tener unos treinta años á lo sumo.

—Mira, mira, me dijo Juan, el excelente conocimiento que acabo de hacer en pago del trabajo de haber llegado el primero. Este buen hermano es un inválido del sitio. Le hicieron la amputación en el bosque de Vincennes, al aire libre, con un frio de doce grados bajo cero, mientras desclavaban ya la tienda de la ambulancia después del combate de Champigny. Habíase metido demasiado por levantar á un oficial de los movilizados de *Ille et Vilaine*, que había caido herido en la escampada y á la vuelta recibió tres balazos; dos que le detrozaron el brazo, y otro que le partió la rodilla al volverse de cara al enemigo para mostrar la cruz internacional.

El hermano me devolvió el saludo enternecido, y añadió:

—La rodilla le da mucho que hacer al médico de nuestra casa matriz; pero no admito eso de que fuí demasiado lejos, pues que salvé á mi subteniente, que hoy está sano y bueno, á Diós gracias. Era jóven, muy jóven y llamaba á su madre... Tenía excelente corazón. Me ha

escrito allá desde Bretaña para saber noticias mías y anunciarme su boda. ¡Ah, qué fuerte era yo entonces! Le llevaba al hombro cuando recibí los tres balazos, y me dije: ¡Tente firme; Diós está en todas partes! La rodilla me dolía tanto, que lloraba como un cobarde; más con todo, anduve bastante ligero, pues me reuní al batallón, y no solté á mi bretoncito hasta que caí redondo, ya dentro de las filas.

Sus pálidas mejillas se habían coloreado un poco, y se sonreía. Juan se sentó á su lado y le dijo:

—La verdad es que esta historia merece ser contada por extenso. Vamos, hermano, le escuchamos á usted.

Pero el hermano respondió:

—No tengo más que contar. Ya lo he dicho todo.

A pesar de ser temprano hacía mucho calor. Juan y yo nos habíamos citado tan de mañana en el acirate para librarnos de la fuerza del sol al visitar el sitio que se decía haber escogido el señor Arzobispo de París para edificar su gran basílica del Sagrado Corazón. Se hablaba mucho de ésto á causa del voto de la Asamblea. Notábase que la Iglesia del Voto Nacional iba á reemplazar justamente las fortificaciones levantadas por la insurrección. En estas alturas, desde donde los insurrectos hacían llover poco antes el hierro y el fuego sobre la capital de Francia, el hombre de Diós, el pastor heredero de tantos mártires, había recibido la misión de plantar el estandarte de la paz perpetua. En este lugar, templo ya en los tiempos de la barbarie pagana, é iluminado luego con los resplandores del heroismo cristiano, donde San Dionisio había muerto vencedor de los ídolos, donde San Ignacio había nacido al más grande apostolado de los tiempos modernos, en esta montaña, manchada por los altares de Marte y de Mercurio, pero rescatada por la oración y glorificada por la sangre, iba á surgir un templo al mandato de un santo obispo, como cruz inmensa de un nuevo Calvario, extendiendo sus brazos para abrazar á la vez á París, á Francia, á Europa al Mundo.

Y precisamente al otro día de la terrible bacanal movida por el odio, era cuando el pensamiento de un príncipe de la Iglesia, aconsejado por la voz milagrosa del Salvador; caía en buena tierra cual fecunda semilla, germinaba allí, todavía invisible, pero preparaba ya el nacimiento lleno de gloria, desde el cual iba á elevarse y á florecer la obra, símbolo de nuestras esperanzas sobrenaturales.

Me acuerdo que, bajo el reinado de Luis Felipe, allá cuando la carmañola de los charlatanes descargaba como un torbellino en este pobre París, enloquecido por los motines pseudo-literarios, por las revoluciones industriales, por la religiones ateas y por otras mil enfermedades trágicas ó grotescas; en tiempo de los Sansimonianos, de los Furrieristas, de los Jóvenes-Templarios y de Jerónimo Paturot, se echó á volar un pensamiento que á mucha gente pareció grandioso. Un artista, M. Preault, propuso *tallar* el acirate de Montmatre. ¿Qué quería hacer de él? No lo sé á punto fijo; pero me figuro que se trataría de representar á una dama adornada con gorro frigio, ó á un emperador coronado de laurel: á Napoleón ó á la Libertad. Nuestro siglo no ha sabido adorar más que al cañón ó al hacha.

He citado el proyecto del colosal estatuario, no para reirme de él, que hace ya mucho tiempo que no me rio

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

de nada, sino para mostrar á qué alturas se cierne la religión aún por encima de lo imposible. La Cruz tiene verdaderamente á la fantasía bajo sus piés.

El Catolicismo no talla las montañas para fabricar juguetes monstruosos, sino que eleva todavía más las más altas cumbres, haciéndolas al mismo tiempo accesibles; construye en ellas torres que tienen sus cimientos en las entrañas de la tierra, y las corona con el símbolo del perdón, oponiendo el hermoso contagio de sus ternuras á las epidemias del odio.

Y llena estas casas de luces tan vivas, que sus muros penetrados de explendores, brillan como faros, llevando á todas partes su radiación luminosa, merced á la cual las almas extraviadas encuentran su camino al través de la noche de la humanidad.

II

Todo ésto que acabo de manifestar estaba yo bien lejos de sentirlo en el mes de Julio de 1873. El mundo católico había acogido con entusiasmo la idea de que M. Guibert se había hecho promovedor; pero yo entonces no formaba todavía parte de ese mundo más que por cierta atracción bastante vaga de mis instintos y de mis recuerdos. Era un cristiano de teoría y de imaginación, detenido no sé por qué en los umbrales de la iglesia, pero fuera de ella.

Conozco innumerable multitud de personas que están lo mismo. Por ellas es preciso rogar con preferencia.

La expiación monumental preparada por el Arzobispo de París aparecía ante mis ojos como un gran poema.

Sentíame obligado á admitir en él la religión; pero lo que más deseaba ver en él era el arte. Me había tomado el trabajo de buscar el profeta que había de escribir, en versículos de piedra, el majestuoso salmo de nuestra penitencia. El hombre tan hábil y tan de actualidad que ha hecho el teatro de la Opera, era el primero que acudía á mi mente, pero me disgustaba. Como quiera que sea, el Sr. Ch. Garnier siempre habrá ejercido sobre su época una influencia real bastante difícil de definir. Me daba miedo él y cualquier otro por causa suya. Ya veis que me adelantaba no poco á los celosos promovedores de la obra. La mosca rara vez va en la trasera del coche, sino á la cabeza de los caballos.

No creo que el Sr. Garnier haya fundado una nueva escuela; pero la turba perjudicial de los imitadores contribuyen por unanimidad á darle fama y recogen cuanto de él procede. Ni cristiano, ni pagano, ni romano, ni griego, es un Nabab de Asiria que hace al mismo tiempo lo chico y lo grande, que concibe diabluras babilónicas exageradas con maravillosos accesorios, lo que no es decible.

Paréceme que Nabucodonosor, convertido en bestia, anda vagando por el peristilo de esta Bolsa de la sensualidad que llaman la Opera, tipo de lo gigantesco en miniatura, excelente bazar todo se vende, el arte, los oficios, la vergüenza, la gloria, el placer y la ruina. Este es el género de actualidad; y no olvideis que de dos años á esta parte la magnífica escalera, obra maestra al estilo sátrapa, tiene todas las noches 20.000 francos de entradas. París trepa por ella á cuatro piés, como Nabucodonosor,

Está visto, pues, que á París y á mí nos gusta esta obra, propia de Nínive, más curiosa que ninguna otra de las edificadas en nuestros días. Sólo que París nada teme, y yo tiemblo por los demás palacios y ann por las catedrales. En este siglo de imitación desenfrenada, en que las manos están tan prontas y tan tardo el pensamiento, puede cualquier arquitecto meter la mano en el bolsillo del Sr. Garnier y sacarle (me lo estoy temiendo) un plano que debe haber allí entre otras obras maestras: el plano de la pagoda de Baltasar.

Pero entiéndase bien: no quiero decir que el talento extraordinario del autor de *La Escalera* sea incapaz de trazar una bóveda cristiana; creo precisamente lo contrario, y sólo hablo de los imitadores, gente merodeadora que cambia en cobre vil el oro robado. Con razón ó sin ella tenía yo la pesadilla de ver destacarse en la cima de Montmartre lo que ellos llaman "una idea," alguna cosa nueva, alguna invención, quizás hasta alguna cosa ORIGINAL; en una palabra, una iglesia de ACTUALIDAD. Y como recordaba el fabuloso costo de la Opera, que llamó en París la atención casi tanto como la Opera misma, preguntábame yo dónde encontraría nuestro Arzobispo una mina de oro capaz de reemplazar al Estado, que de mil amores paga los gastos de las óperas, pero no la de las basílicas.

Era yo, pues, un si es no es de oposición, como suelen ser todos los malos feligreses. La futura iglesia del Sagrado Corazón me parecía soberbia como bandera de fé, útil como protesta, elocuente como cántico ó plegaria; pero la encontraba cierto color de lujo y perfume de temeridad.

Juan me decía: "No juzgues tú de eso, porque estás demasiado lejos del altar. Por presuntuoso que seas, ¿tendrás la pretensión de examinar el estilo de un poema escrito en lengua para tí desconocida?..."

Aunque confusamente, veía yo que Juan tenía razón y que me faltaba el compás para medir estas cosas; pero no daba mi brazo á torcer y me quedaba con mi opinión. Siempre hay que tener una.

III

El hermoso Ignorantino [1] si hemos de darle este hermoso nombre de que la pública ingratitud ha hecho casi una injuria, no pertenecía ya á ninguna de las escuelas de distrito. Vivía retirado en la casa matriz, donde, á consecuencia de sus heridas, se habían suavizado para él las austeridades de la regla, y tenía permiso para venir á Montmartre todos los días que hacía buen tiempo. Como él nos había dicho, allí habían corrido los años de su juventhd; antes de la guerra se dedicaba á enseñar á leer á los niños, pobres salvajillos de la ciudad fabril, que no oyen nunca el nombre de Diós más que en la blasfemia. Les amaba con ternura, y ahora volvía á verlos. En aquellos terrenos del acirate, que después han sido trastornados á costa de tantos trabajos, sólo encontraba entonces la soledad. Se sentaba en la hierba, leía algunas líneas en su libro forrado de franela, rezaba mucho y á veces reunía en derredor suyo á los muchachos vagabundos para contarles alguna interesante historia.

[1] *Ignorantius* llaman los franceses á los Hermanos de la Doctrina Cristiana, cuya principal misión es enseñar el Catecismo á los niños.

Sabía muy bien que su vida terrestre tocaba á su fin; pero no era ésto para él motivo de vanagloria, sino que animaba con una santa alegría su paciencia.

Conocía palmo á palmo el cerro, y nos le enseñó todo. Apoyado en su muleta llegó hasta el borde del acirate que avanza sobre el campo arenoso por donde va ahora el nuevo *boulevard*. Desde allí dominábamos á la derecha la ciudad, erizada de monumentales maravillas; en frente los arrabales de la miseria; á la izquierda la llanura, cuyo centro señala la veleta de San Dionisio. Seguía después la barriada industrial, coronada de vapores, los verdes oasis de Saint Ouen, Enghien, macha gris donde la especulación, los anuncios y la política cultivan sus dependencias amontonadas alrededor de un lago más profundo que el estanque del Palacio Real. Mas allá de todo este aburrimiento que hace esfuerzos desesperados por divertirse, la selva, una verdadera selva tapizaba lo lejano de las colinas, mostrando á nuestro purgatorio de París el paraíso de la campiña francesa.

El hermano nos enseñó este panorama explicándonos sus detalles con cuatro palabras sumamente sencillas, cada una de las cuales era una pincelada. Juan no solía tener curiosidad de ver nada; era además muy miope, de lo cual no le importaba gran cosa; nunca he visto á nadie que se cuide menos de mirar. Como veía dentro de sí mismo cosas que le interesaban, se había acostumbrado á creer en los objetos exteriores bajo la palabra de los demás.

Pero aquel día no sé qué le dió, que apoderándose de mis gemelos, no cesaba de mirar con ellos. Creo que debía mirar el paisaje que el sol iluminaba profusamente; pero estoy seguro de que vió algo que le llamó la atención, más allá de los límites del paisaje, porque luego exclamó:

—Puede un velo cubrir la conciencia de un pueblo lo mismo que los ojos de un hombre, y éste es el milagro que debe hacer el voto nacional de penitencia.

Miró un instante, mas con la sorpresa incrédula de los niños, y temiendo que no le hubiéramos comprendido, añadió:

—Es ciertamente una figura grande y conmovedora aún cuando en el fondo no se trate más que de un simple par de gemelos. ¿Puede darse nada más hermoso que un remedio para la miopía de los entendimientos y de los corazones? Yo mismo no sabía que era más corto de vista. Oía decir á los demás que veían, pero me parecía una cosa indiferente. Y cuenta que no me quejo de haber mirado á Diós en mí mismo, sin observar apenas los espectáculos que forman el explendor material de su obra. Quizá los adivinase yo tan hermoso como los veis vosotros y acaso más. La cuestión no es esa. Paro vosotros estaban presentes estas cosas; para mí no existían, ó porque no las conocía, ó porque las había olvidado, que eso lo mismo da, y ha bastado un simple círculo de cristal para criármelas. ¡Ah! yo contaré ésto en San Sulpicio, y hablaré del Sagrado Corazón.

Quise que se quedara con mis anteojos pero me los devolvió inmediatamente como si hubiera temido abusar de aquel prodigio.

—Que sea un cristal, añadió, un hecho ó una palabra, ¿qué importa? Lo cierto es que la ceguera del hombre puede ser curada. Pienso en los que sufren, en aquellos

á quienes envuelve la niebla de la desesperación, en mis obreros, á quienes los enemigos de Diós fatigan poniéndoles una venda en los ojos... Te digo que todo ésto es grande y que la bondad de la Providencia inunda mi corazón. La iglesia del Voto será el telescopio colocado en lo alto de la montaña, y gracias á él, verán de repente nuestros ojos más allá de las barreras de la mentira.

El hermano, que iba adelante de nosotros haciendo de *cicerone*, se detuvo junto á un lienzo de pared protegido por unas tablas y dijo:

—Aquí es.

Estábamos á la entrada de la finca del difunto Sr. Scribe, el autor dramático que celebraba las ganancias de su propio genio en la lengua de Virgilio, tomando por enseña una pluma con estas cuatro palabras, que él creía latinas: *Inde fortuna et libertas:* por lo demás, persona apreciable que tenía el derecho de dar dictamen, pues era académico, para fijar la lengua de Bossuet.

El hermano separó una tabla, y nos mostró el sitio donde habían sido fusilados los generales.

—Allí estaba yo, nos dijo, rodeado de aquellos infelices poseídos de furor. Me tenían prisionero. A casi todos les conocía, algunos de ellos les doy todavía limosna; pero no son estos los que hieren y asesinan: el pensamiento homicida está detrás de ellos.

Rezamos los tres un *De profundis* por las almas de aquellos republicanos, asesinados por la República. Acaso Diós haya visitado su última hora. No sé qué tristeza indefinible oprimía nuestros corazones. ¡Ah! No hay nada más triste que el suplicio de los Girondinos, á no ser esa cosa burlona que anida en las hojas de los libros y

que llaman en serio la gloria..... la gloria de los Girondinos.

Algunos días ántes me había yo arrodillado en el suelo de la calle de Haxó, y se me había deshecho el corazón en lágrimas. No había allí más que un pobre muro como aquí, acribillado á balazos; pero un soplo de vida animaba para mí la soledad de aquel lugar miserable. Allí había esa otra gloria de los Girondinos, y que es la Gloria. El jesuita Pedro Olivaint y sus compañeros cayeron en aquel polvo, desde entonces sagrado, cantando el himno de las grandes alegrías; y Jesús, el divino Mártir, hijo de María, precidió aquella fiesta de propiciación... ¡Olivaint, espíritu apacible, corazón grande, caridad expléndida, soldado, soldado de pacíficas violencias!... Ya me acercaba yo al buen camino, pues mis lágrimas eran de alegría... Una muerte como la tuya, deseada largo tiempo y abundantemente merecida, vale tesoros de perdón; y tu último suspiro, padre mío muy amado, rescata para la fé á los Girondinos y á sus verdugos:

IV

Veinticuatro horas hacía que era conocido el voto de la Asamblea, y á medida que París se despertaba, iban y venían á Montmartre algunos curiosos hablando de la Basílica que se proyectaba levantar. Habíase recientemente abierto, para reconocer el terreno, un pozo, el cual estaba radeado de una empalizada. En torno de ésta se reunían algunos grupos, donde se hablaba de las inmensas dificultades que había que superar aún para sa-